

Manuel Jabois

Nos

Una historia real
de traición y violencia

vemos
en esta
vida o
en la
otra

Una de las características del mal es dejar de ser una tentación. Eso fue lo que me empezó a interesar de la historia de Gabriel, conocido como Baby y al que la prensa apodó, después de los atentados del 11-M en Madrid, El Gitanillo. Su normalidad era común hasta que se hizo demasiado grande para mantenerla como tal.

Esta es la vida aburrida, perdida y verdadera de un chico al que no le da miedo morir. Esta es su sórdida historia, narrada con frialdad por Manuel Jabois, autor que relata con un estilo sencillo y directo la acción que precedió y siguió al 11-M del primer condenado por los atentados, Gabriel Montoya Vidal, y único menor implicado en la muerte de 191 personas. Año y medio costó convencer al protagonista de que hablara por primera vez. En este libro Jabois escucha y describe. No hay porqués en la historia de Baby. No los hay en esta crónica llena de violencia, traiciones, drogas, mentiras y persecuciones policiales. El odio aparece a lo lejos alimentándose de la indiferencia y el desapego de un grupo de delincuentes comunes que terminaron ayudando a terroristas suicidas a cometer los atentados más sangrientos de la historia de España.

No eran los pájaros los que volaban.
Era el cielo, que caía.

XACOBE CASAS

A mi padre

PRÓLOGO

En febrero de 2014 trabajaba en el diario *El Mundo*. Uno de mis jefes, Agustín Pery, me propuso hacer un artículo sobre el 11-M. Señaló en concreto a una persona que nunca había hablado con los medios de comunicación: Gabriel Montoya Vidal, el menor al que la prensa había bautizado como el Gitanillo. Mi compañero Joaquín Manso lo había localizado en Avilés. Allí lo abordó en su portal para hacerle una entrevista. Gabriel fue arisco con Manso. No quería saber nada de los periodistas ni que le tomaran imágenes. Cada cierto tiempo era asaltado por las cámaras; en su círculo cercano había creado un cordón de seguridad que lo alertaba de la presencia de reporteros. Manso lo convenció para que al menos me conociese y tomase un café conmigo. A Joaquín Manso le debo la publicación de este libro. Concerté una cita con Gabriel Vidal en febrero de 2014. Llegó acompañado de dos amigos a los que insistió en que se quedasen. Fue amable pero cortante: no hablaría con ningún periódico. Supe después que había llegado a pleitear con varios. Por tanto, no hice uso de nuestra conversación. Pero antes de irme le pedí el teléfono para comunicarme con él; quizás algún día le apetecería hablar. Le telefoneé varias veces. Llegó un momento, a finales de 2014, en que dejó de cogerme el móvil. En primavera de 2015 se puso en contacto conmigo. Había dejado su ciudad, se ha-

bía instalado en otra y estaba viviendo con una mujer. Me propuso hablar delante de una grabadora.

Yo ya no trabajaba en *El Mundo*, sino en *El País*. Tampoco sabía si me interesaba su historia. La podía imaginar. Tras mantener la primera conversación con él, confirmé mi sospecha: era una historia cualquiera. Yo pertenezco a una familia humilde, crecí en un barrio en el que había de todo; nunca delinquí, pero vi pasar a chicos como él por un lado y otro. Hijos de familias desestructuradas, de padres encarcelados o alcohólicos. Compañeros del colegio que evitaban algunas calles para no pasar por el bar en el que estaban sus padres. Un profesor que más de una vez recibió la visita de su hijo heroinómano en clase para pedirle dinero (se quedaba allí de pie, sonámbulo, mientras bajábamos la mirada al libro). Todas esas cosas las terminamos viendo con naturalidad porque lo eran: unos tuvimos más suerte, otros no. Era una vida divertida y excitante, y a veces aburrida y solitaria.

Cuando contacté por primera vez con Gabriel, yo acababa de publicar un largo artículo sobre una niña, Nora Ayala, muerta a los dieciséis años tras una sobredosis de drogas. Una red la había enganchado a la cocaína para prostituirla después. Una raya, luego otra. Hablé con su padre durante horas en Palma de Mallorca. Me contó que un día fueron a despertarla y no la encontraron en cama. La niña salió de debajo del colchón al cabo de un rato: no quería ir a clase, no quería salir a la calle. Los últimos meses había entendido como parte de la normalidad lo que estaba haciendo con sus amigas. Aquel día, por fin, quería que la tragase la tierra.

Recordé la frase de mi amigo Xacobe Casas que abre el libro: no eran los pájaros los que volaban, sino el cielo, que caía. Recordé cómo la normalidad, cuando no es consciente de su distorsión, lleva al horror de forma natural. Hay mundos en los que el mal pierde su característica fundamental, según Hannah Arendt: constituir una tentación. Eso

fue lo que me empezó a interesar de la historia de Gabriel, conocido en su entorno como Baby. Su normalidad era común hasta que se hizo demasiado grande para mantenerla. Sus tentaciones eran las contrarias a las del resto: dejar la calle, ponerse a estudiar, encontrar un trabajo, no robar, no consumir drogas, no pegar.

Antes de los diez años le había quitado por la fuerza las hu-chas del Domund a unas niñas y la recaudación a un ciego de la ONCE. Antes de los doce fue detenido por tratar de robar un coche. Antes de los diecisiete participó en el mayor atentado terrorista de Europa, el del 11-M, que provocó la muerte de 191 personas en Atocha, y de un inspector de Policía semanas después, en el atentado suicida de Leganés.

La colaboración de Baby fue de forma involuntaria, como reconoció la sentencia; eso no evitó que meses después amenazase a un vigilante del centro de menores diciéndole que le daban igual 192 que 193. Para entonces estaba ya encerrado. Fue el primer condenado de los atentados del 11-M. El único menor de edad. Y su testimonio en el juicio sentenció a su mejor amigo, Emilio Suárez Trashedorras, a 34.175 años de cárcel.

UNO

Una mañana de septiembre de 2003 un repartidor de pollos asados aparcó su moto frente al número 10 de la Travesía de la Vidriera, en Avilés, Asturias. Era un motorista de la empresa Artesa, comidas a domicilio. Tenía veinte años y medía alrededor de 1,75. Un chaval flaquito que se movía como un bailarín de *breakdance*. Llevaba vaqueros, una camiseta blanca de manga corta y un casco calimero.

En el portal estaba la pandilla del barrio del Arbolón, unos críos que pasaban el día fumando porros en un muro pegado al garaje, donde veían entrar y salir coches. En aquella época el vecino del primero se asomaba a la ventana, olfateaba el hachís y pegaba gritos diciendo que iba a llamar a la Policía. Se terminó cansando.

El repartidor, que conocía a algunos chicos de cruzárselos en los bares, se paró un momento con ellos. Les dijo que estaba en medio de un reparto y que subía a «pillar unos porros». Los pasaba un vecino del quinto. «Pues nada, tira».

El barrio del Arbolón, una zona deprimida de la ciudad, tuvo durante décadas el honor de acoger el árbol más grande de Avilés, un olmo gigantesco de cerca de treinta metros al que hirió de muerte un temporal. El periodista Borja Pino, de *El Comercio*, recuerda que se levantaba «erigido y majestuoso» en el cruce de las calles Gutiérrez He-

rrero, Llano Ponte y la avenida de Gijón. El olmo resistió a la Guerra Civil y la dictadura. Cayó a pedazos en 1973 cerca de donde iba a caer, talado por una paliza, el repartidor de pollos.

Mientras el joven estaba arriba comprando hachís, la pandilla tuvo una idea. Un par de chicos fueron hacia la moto, abrieron el cajetín de comida y sacaron lo que había: un pollo asado y un sándwich calientes. Metieron las bolsas debajo de un coche aparcado y se pusieron a esperar. El repartidor bajó, se despidió de ellos rápidamente («llego tarde»), se colocó el calimero en la cabeza y arrancó la moto.

Minutos después, un Mercedes 500 negro aparcó en la misma calle, subiéndose a la acera. Del coche se bajó un joven nervioso de veintisiete años, aproximadamente 1,80 metros de altura y vestido con vaqueros y camisa por dentro, de una elegancia «dominguera», según Gabriel Montoya Vidal, *Baby*. Raro porque, según la novia del conductor del Mercedes, Carmen Toro, «no se viste nunca, es muy dejado, no se arregla, es muy gitano y viste muy mal. Si no estás encima de él, riñendo, no se arregla nada». Sin embargo, Rubén Iglesias, un amigo suyo, decía que solía ir bien vestido, hasta con corbata: «Yo lo llamaba Titto Bluni porque iba siempre muy elegante».

Tenía el pelo castaño, los ojos oscuros, las pieles blancas y sudadas, y una mirada entre socarrona e ida. Saludó a la pandilla y se puso de cháchara con ella.

Los chavales lo conocían de aquí y de allá, como se conoce a la gente en el ambiente de la calle y los bares. De alguna manera le tenían respeto y temor. *Baby* recuerda que, en ciudades pequeñas, encontrarse a alguien habitualmente termina desembocando en un saludo formal; las copas hacen el resto. El joven se llamaba Emilio Suárez Trashedorras, aunque en Avilés todos lo llamaban el Minero. *Baby* llevaba un tiempo escuchando hablar de él. En ese momento pensó que por fin lo tenía delante, y que le sonaba

de verlo alguna vez porque estaba seguro de que eran vecinos.

A los pocos minutos llegó disparada de vuelta la moto de Artesa, comidas a domicilio. Alguien en Avilés se había quedado sin comer. El repartidor se bajó y se dirigió a Emilio como un poseso. No reparó en que el Minero no estaba cuando él arrancó la moto.

—¿Fuiste tú el que me robó el pollo?

Era todo demasiado prosaico. Hasta para Emilio. No fue casual que el repartidor le preguntase a él, pues era todo un personaje en Avilés. Tampoco que Emilio contestase con ironía que sí, dando a entender que un traficante de drogas, de coches y de dinamita como él había planificado el robo de un pollo asado y un sándwich. Con tanto detalle que había alquilado un piso durante meses y montado un punto de venta de hachís para atraer al repartidor y así, al alejarlo de su moto, hacerse con el botín.

Emilio fue hacia el repartidor y le dio un puñetazo en la cara con el que lo tiró al suelo. Fue un golpe inesperado que hizo que el casco calimero rodase por el suelo. Le pegó uno más en el otro lado de la cara. Y luego se abalanzó sobre él. Dice Baby que fue «una ensalada de hostias», que le rompió la camiseta y que le dio varios puñetazos en el rostro y patadas mientras estaba tirado en la acera hasta que el repartidor pudo salir corriendo.

Los chavales de la pandilla contemplaron la paliza atónitos. Tras terminar, Emilio fumó un porro más con ellos, se subió al Mercedes 500 y desapareció. Uno de los chicos cogió a la carrera el pollo asado y el sándwich, puestos en la carretera, y los metió de nuevo en el cajetín de la moto.

El repartidor regresó acompañado de la Policía con la cara hinchada y llorosa. Los agentes preguntaron a los del Arbolón si conocían al autor de los golpes. Todos dijeron que no sabían quién había sido, que no lo habían visto nunca. El repartidor, por su parte, sólo quería recuperar la mo-

to. No se dio parte, ni hubo denuncia, y el chico de las comidas a domicilio desapareció del barrio.

La somanta había impactado a todos. Aquel método era la forma que Emilio tenía para impresionar a los más jóvenes y hacerse respetar entre iguales. Baby supo semanas después, cuando le vio sacar la pistola y liarse a tiros con unos camellos a veinte metros de la comisaría de Avilés, que la actitud del Minero era la propia de un intocable.

Baby tenía quince años, era un chico de piel oscura y muy delgado, con un ojo caído que le daba aspecto de chaval peligroso. Llevaba siempre encima Ventolín, pues era asmático; en muchas ocasiones tenía que parar, coger resuello y echar mano de él. Pocos años antes los médicos le habían abierto el cuello para extraerle una fístula de la que le salía pus a la garganta; dos cicatrices pequeñas debajo de la barbilla recuerdan la operación.

Dice que se quedó asombrado por aquella mirada medio ida de Emilio, turbia, en cuanto se disponía a atacar a alguien. Baby dice que nunca vio pegar a nadie así. Parecía querer matarlo. Antes de ir a por él, como si tuviese que despachar un rito, se mordió brevemente las uñas. Cuando estaba nervioso, Emilio siempre se mordía las uñas.

Baby hace memoria. La primera vez que le dirigió la palabra a Emilio fue tras la paliza al repartidor:

—Joder, fiero, menudas hostias le has dado —le dijo.

Uno de los amigos con los que estaba Baby aquel día era Iván Granados, de veintiún años. Un chico de gesto aturdido, mirada mansa y buena. Las cejas espesas, oscuras y juntas. Tenía una gordura de san bernardo y le solían llamar Piraña. Baby lo conocía del colegio público Marcelo Gago, aunque Piraña iba algunos cursos adelantado. Volvieron a encontrarse en el barrio, porque Piraña vivía en la travesía de la Vidriera, como Baby y como Emilio. Los dos tenían algo en común: ni Piraña ni Baby habían acabado el

colegio. Baby había trabajado como albañil en obras aisladas. Piraña lo había hecho en un taller de coches, en un concesionario, como fontanero y como peón en empresas de montajes y de la construcción. En aquella época se encontraba trabajando en un servicio de limpieza.

Emilio Suárez Trashorras había reclutado, con una exhibición de fuerza, a dos integrantes de lo que el periodista de *El País* Pablo Ordaz llamaría después «los chicos de Trashorras, la clase de tropa, su fiel infantería». Uno de ellos, Piraña, le dijo «no» en el momento decisivo; otro, Baby, se convirtió en su mejor amigo.

Baby y Emilio empezaron a encontrarse más. O probablemente, dice Baby, a ser conscientes de que se cruzaban más, que es otra consecuencia de las ciudades pequeñas. Quizás lo que había ocurrido, piensa Baby ahora, es que no habían reparado tanto el uno en el otro.

Su segundo encuentro tuvo lugar una tarde en la que Baby y Piraña estaban solos en el muro del portal de siempre. Desde allí vieron cómo el Mercedes 500 paró en mitad de la carretera. Emilio bajó la ventanilla y los invitó a subir.

Los dos se montaron en el coche negro de Emilio. Piraña ocupó el asiento del copiloto y Baby se sentó atrás. Emilio condujo por Avilés; a Emilio y a Baby les encantaba conducir. Baby no recuerda de qué hablaron. Siempre era de lo mismo, como en el portal. De cómo estaban las cosas, de los porros, de la gente de Avilés. Las horas muertas en la travesía de la Vidriera también se llenaban de la misma forma: vaciles, una trastada, conversaciones sobre la calidad del costo, la fiesta del fin de semana, alguna paliza, una chica. Emilio, dice Baby, fanfarroneaba.

Pararon en el bar Anticuario, un antiguo local que estaba frente a la ría de Avilés. Baby y Emilio pidieron dos coca-colas; Iván Granados, un café. Emilio conocía a las dos camareras, unas chicas panameñas. Vaciló con ellas y dio a

entender que él controlaba, que conocía a mucha gente. Sacó varios nombres importantes de la noche de Avilés, tuvo un par de conversaciones anodinas con Baby y Piraña y al terminar los refrescos se subieron de nuevo al coche y los dejó en el portal.

Allí, en el número 10, si uno da tres pasos atrás observa un edificio que termina con un ataque de arquitecto, como si le hubiese puesto una guinda a la tarta en forma de saliente. Esta mole de viviendas sociales es una especie de heredera del brutalismo inglés, un intento de adaptación de este movimiento al ladrillo ibérico.

Baby recuerda aquellas despedidas en el punto de reunión de la pandilla. Un último porro y una última tontería con la que subir riendo a casa. Aquella noche hizo lo mismo con Piraña. Baby se dio cuenta con los días de que su nuevo amigo no terminaba de encajar en la nueva relación con Emilio. Baby cree que Piraña empezaba a ver a muchos de los que tenía a su alrededor sin frenos. A Piraña le gustaban las putas, le gustaba la cocaína, le gustaba fumar porros. Piraña no entendía que aquello tenía un precio, y que en gente sin estudios como ellos, ni empleo, o empleo precario, el precio era ponerse al margen de la ley. Cruzar una frontera, tampoco mucho; pisar la raya un poco. Baby dice que sospechó que él mismo no sabía dónde tenía el límite a la hora de cruzar la raya. Si se hacían amigos de Emilio, lo serían de un delincuente, de uno de los más importantes de Avilés.

Piraña debió de intuir la clase de relación que le esperaba, porque empezó a salirse. Ya conocía a Emilio; habían dado el uno con el otro un año antes porque Emilio, según dijo, había intentado comprarle un Ferrari al hermano de Piraña. Ese hermano de Iván Granados tenía un negocio de compraventa de coches de importación, varios clubes de alterne y un garaje en la avenida de Alemania, número 45, al que acudían a lavar sus vehículos numerosos agentes de Policía.

Pero no sería hasta otoño de 2003 cuando la relación de Piraña con Emilio se estrechó. A Piraña no le importaba estar con él los fines de semana. Los fines de semana había drogas y chicas, y eran necesarios los amigos; si estaba Emilio, invitaba a todo el mundo. A Piraña le gustaba que Emilio lo invitase a cocaína. Piraña solía pillarle a una gitana, Loli, pero sólo para consumir el sábado y el domingo; algún día entre semana, «rara vez». Los días laborales Piraña no quería saber mucho de ellos. Se veían a veces, pero se situó fuera de la dinámica diaria de Baby y Emilio.

De vez en cuando aconsejaba a Baby y trataba de remediar su deriva. Otras veces era él el que acababa seducido por ellos.

Años después del primer día en que Baby y él se subieron al coche de Emilio, Piraña escuchará a un abogado, el suyo, decir de él a toda España que era un «gregario», por lo que había transitado «por la calle de la amargura». «Le cuesta decidir y decir lo que piensa», dirá este hombre señalándole a él. Y luego la expresión que siempre le ha perseguido en casa, y más tarde en todo el país: «Malas compañías». También se escuchará a sí mismo decir que era consumidor de cocaína «de fin de semana», de unas «dos o tres rayas». Para alguien como Piraña aquello iba a invadir su timidez de una forma tan insoportable que el único desagravio posible era la absolución.

Cuando Emilio volvió a pasar por el portal de Travesía de la Vidriera, Baby ya no estaba con Piraña, sino con Edu, un vecino suyo que vivía en el tercero. Fue pocos días después de tomar las coca-colas en el Anticuario. Emilio paseaba a su perro, un bichón maltés blanco. Empezó a hacerse de noche de pronto, se acercaba el invierno. Emilio estaba de buen humor. Los vio y se le alegró la cara. No habían cruzado entre los tres más de unas palabras cuando Emilio, exultante, dijo que había que «celebrar» aquel encuentro. Los

chicos se encogieron de hombros. Estaban en su portal de siempre, liando porros; Emilio vivía al lado.

—Os invito a unos tiros —dijo Emilio.

Baby volvió a encogerse de hombros y asintió, Edu no hizo ningún gesto. Baby llevaba toda su vida encogiéndose de hombros. La primera raya la tomó con trece años en el colegio. No de cocaína, sino de speed. Uno de los alumnos tenía una bolsa en el bolsillo y le preguntó a Baby si quería meterse. Baby se encogió de hombros y dijo que vale. Era la hora del recreo en el Marcelo Gago. El colegio lleva el nombre de un ilustre maestro pionero en la enseñanza de la Educación Física en Avilés. Baby y su compañero se escondieron en un rincón del patio y esnifaron dos rayas de speed. Baby dice que estaba eufórico, que se sintió feliz. Al terminar el recreo se metió en su clase como si nada, aunque acabó saliendo para irse a la calle. Cuatro paredes, dice, eran demasiado para un chico colocado por primera vez.

Después de eso su relación con la droga no fue más allá. Ni siquiera fumaba porros, aunque de vez en cuando chupaba de alguno. La tarde en que Emilio se apareció con un bichón maltés iba a probar la cocaína. Dice que no le dio más vueltas, que hacía las cosas porque sí y sin pararse mucho. No reparaba nunca en su edad, porque al estar siempre con mayores terminaba mimetizándose con ellos.

Emilio les pidió que lo acompañasen a su garaje, situado detrás de la calle, y Baby y Edu obedecieron. Allí, además de varios vehículos propiedad de Emilio, había un trastero. Y en el trastero una enorme bolsa llena de cocaína.

Al llegar, Emilio hizo algo que Baby vería después hacer decenas de veces. Sacó una tabla de madera lisa y la puso sobre el asiento de una Scooter Aprilia que tenía allí dentro. Abrió el bolsón y fue sacando droga con una navaja. Hizo tres rayas enormes sobre la madera. Edu no consumía drogas y prefirió no empezar. Baby sí lo hizo, en dos tiempos, dice, porque la línea que había hecho Emilio era